

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año II - 2ª Época : Montevideo, Noviembre 15 de 1897 : Tomo II—N.º 13

HISTORIA DEL PUERTO DE BUENOS AIRES

Por Eduardo Madero

(Fragmentos)

(Continuación)

Solis no intentaría cruzar la imponente y siempre temible barra de Río Grande del Sur (lugar llamado Tibique por los aborígenas), y le alejarían también de la tierra los irregulares bajíos que desde aquella barra se extienden hasta muy afuera de la embocadura del Chüy, donde apenas á 30 millas, lejos de la costa solo hay 40 brazas de agua y una fuerte corriente aterradora; pero la sonda le conduciría hasta los cerros de Castillos, haciendo rumbo favorablemente al verdo-so cono, que elevado como 50 metros sobre el nivel del mar, parece una isla al venir navegando del N. E.

El piloto Francisco de Torres, descubrió más adelante las islas inmediatas al cabo Apolonio, que desde entonces conservan su nombre, y á las que el Islario de Alonso de Santa Cruz llama de Rodrigo Alvarez, por pretender este piloto—que que también vino con Gaboto—haber sido él quien primero las divisara.

Siguiendo la costa vieron una saliente de arena, con una isla rasa al Sur semejante, á la distancia, al cabo de Santa María que forma el extremo occidental del Golfo de Huelva; última tierra enropea que dejaron cuando hicieron rumbo á las Canarias.

Desde el impropriamente llamado cabo, bajas dunas se prolongan hácia el S. O.; lo que induciría á Solís á explorar si por allí doblaba el continente. En esa navegación «recorrieron dando vista á la isla *San Sebastián de Cádiz*»—20 de Enero de 1516. De manera que en esta fecha era cuando Solís entraba por el estuario del río que inmortalizó su nombre; pues la isla que así llamó era la actual Lobos.

Fué éste el más rápido viaje en los anales de los descubrimientos; pues cuando Solís penetraba por la embocadura del Plata hacía apenas tres y medio meses que había dejado los pinares del Guadalquivir.

Si los hados en adelante no le hubieran sido tan adversos ya no encontraría á su regreso á Castilla al Rey Católico que le había favorecido, pues tres días después (el 23 de Enero de 1516) espiraba en Madridalejo.

Siguieron donde (1) están otras tres islas que dixeron de los Lobos»; y son las que ahora llaman Flores y que á cierta distancia «hace señal de tres magotes», según la frase muy propiamente empleada después por Diego García, maestro de una de las carabelas de Solís. (2)

Mas adentro entraron al puerto que nombraron de «Nuestra Señora de la Candelaria» (2 de Febrero), que hallaron

(1) Navarrete, alterando el texto de Herrera, dice «donde»; lo que produce confusión; y puse también á su obra una nota creyendo que las tres islas que los descubridores «dijeron de los Lobos» era la que poco después y hasta hoy se nombra «Lobos» nota que también ha hecho incurrir en error á varios escritores.

(2) Véase en los apéndices la Memoria de este marino.

en 35°; actual Montevideo), cuya posición exacta es 34°53'3" «Aquí ante el escribano Alarcón y el Estado Mayor de la Armada, erigiendo una cruz y tañendo las trompetas, tomaron posesión para la corona de Castilla, cortando árboles y ramas», cumpliendo así las instrucciones reales de hacerlo «donde haya algún cerro señalado». De la cúspide del que allí se eleva, coronado entonces por un grupo de árboles añosos sacudidos por los vientos (4) contemplarían sin duda el no muy seguro puerto, rodeado de arenas, holladas de tarde en tarde por el hosco charrúa; mas allá la ondulada península, ceñida por el río-mar; al pie del monte frondosas campiñas, por las que como cintas de plata serpentea el hoy coqueto «Miguelete» y su vecino, no entonces «Pantanosos», porque ni removía su suelo el continuo pasar de los rebaños, ni enturbiaban sus aguas los prosaicos residuos de las industrias que después poblaron sus márgenes; y por fin un otro río, donde buscaron luego mejor fondeadero; pues como dice el cronista «fueron á surgir al río de los Patos en treinta y cuatro grados y un tercio»; río nombrado después Santa Lucía por uno de los más esforzados campeones de esos tiempos, (2) y cuyo cauce hondo y amplio dentro de la barra se halla á 34°47'4".

Natural es suponer que en el abrigado río al que Solís dió el nombre de que aún es digno, la útil caza que se les brindaba, la provisión de aguadas y la recorrida y la compostura de las embarcaciones, les inducirían á tomarse descanso en tierra de Castilla.

Continuando el viaje costearon las barrancas de San Eugenio (12 de Marzo)

(1) Así está dibujado el Cerro de Montevideo en los planos más antiguos,

(2) Hernando Arias de Saavedra en ocasión que narraré mas adelante, le dió ese nombre

«y entraron luego en agua que por ser espaciosa y no salada» llamaron *Mar Dulce*.

Quando Solís anotaba esto en su Diario de Viaje, iría más adentro de la llamada hoy punta de Jesús María, que dista solo como de 1 1/2 kilómetros de la boca del Santa Lucía y desde donde, salvo días excepcionales, el agua está siempre dulce.

Los que algo crean tener que observar á la interpretación que he dado al extracto hecho por Herrera del Diario del Viaje de Solís, busquen desde el grado 29 de latitud Sur, en la sucesión que establece el cronista, una isla, tres islas, un puerto, (aún prescindiendo del señalado cerro) un río y luego agua «no salada». La que he dado es, sí, la única interpretación posible. Las fechas que establezco no son de cierto, indiscutibles; pero, de acuerdo con las prácticas de los descubridores, esas fechas tienen que ser exactas. Para que no lo fueran sería indispensable que en todos los casos, al bautizar las localidades se hubiera procedido por excepción contra lo que era regla.

«De aquí»—dice el extracto de Herrera—(de la punta de Jesús María ó sus inmediaciones), después que la armada salió del río de los Patos, «fué el capitán con un navío, que era una carabela latina «reconociendo la entrada por la una costa del río»; la del Norte indudablemente. Aunque no lo dice el extracto de Herrera, doblaron la punta de Santa Bárbara (actual Colonia del Sacramento), y pasaron por el inmediato archipiélago.

Costeando la tierra, «descubrían algunas veces montañas», (los cerros llamados hoy de San Juan «y otros grandes riscos» los numerosos que se encuentran á lo largo de esa costa).

Continuó Solís remontando el río, y «surgió con la fuerza del», donde se halla «una isla mediana en treinta y cuatro grados y dos tercios». Esta isla—está confirmado por códices oficiales que más adelante mencionaré—en la que desde enton-

ces se llamaba Martín García; nombre que se le dió por el despensero de la carabela latina, que allí fué enterrado (4). La posición exacta de la isla está en 34°41' latitud Sur.

Hasta esta altura llegó Solís, y así descubrió el río que debió conservar su nombre. (2)

(1) Oviedo, tomo 2.º folio 176.

(2) El honorable señor don Manuel R. Trelles le ha negado á Solís la gloria de haber sido el primer descubridor del Plata, atribuyéndosela á Diego García. Se funda en que en el último párrafo de la Memoria de este marino, relativa al viaje de venida que hizo en 1526 y 1527, y refiriéndose á una señal de plata que á su regreso había llevado á España, dice García que la hubo de «un hombre de los míos que de la otra vez, que descubrí este río había quince años, de una carabela que se nos perdió».

El señor Trelles lo observó con merecido respeto—incurre en tres errores: 1.º dar al verbo que he subrayado la tercera acepción de la Academia, en vez de la primera; 2.º relaciona con el año 1527 el período trascurrido; 3.º suponer un viaje de García en 1512, en el cual «venía al mando de más de una carabela».

Al leer la Memoria de García, se concibe que el verbo *descubrir* fué usado para significar que tal cosa se le manifestó ó presentó á la vista: sentido en el cual ha sido ó es empleado por los marinos; por ejemplo, así que doblé tal cabo, descubrí tal costa; sin que esto importe significar *primera vez*. La prueba, ésta está en la misma Memoria de García, cuando al narrar el viaje que refiere hizo hasta Santa Ana, dice: «hasta aquí *descubrimos*» y agrega: y «*descubrió* Sebastian Gaboto»; con lo cual no pudo querer expresar que fué el primero en descubrir, pues nadie mejor que él sabía que Gaboto le había precedido. La memoria de García se la escribieron ó la dictó (pues no sabía ni firmar) cuando después de Gaboto llegó á España en el año 1530. Lo que quizás indujo al señor Trelles á interpretar mal la frase de García y relacionarla con el año 1527 es que en la copia de donde el copió se emplea el pretérito imperfecto de indicativo en vez del futuro imperfecto del verbo *haber*. La copia legalizada que yo tengo, que he hecho confrontar cuidadosamente, tiene escritas esa y otras palabras con distintas letras, dice: «un ombre de los myos que dexé la otra vez «que descubrí este río avrá quinze años de una «caravela que se nos perdió». Me consta que en una copia tiene el general Mitre dice «avrá»; y en el original esta palabra puede también leerse avra. Esto fue escrito no antes de Agosto de 1530, y se refería indudablemente al viaje de 1515 á 1516.

Si esta interpretación no convence—pues en estas materias debe de dudarse hasta de lo probable—convencerá este hecho: consta y está confirmado en copias de documentos inéditos que poseo, que Diego García, como antes he dicho vino de maestre (maestre era el puesto que después de capitán y piloto precedía al de contra-maestre), en una de las carabelas de Solís. Como tal pudo ser el primero que viera destacarse el cabo llamado hoy Castillos ó el

Descubrimiento del Río Uruguay⁽¹⁾

El caudaloso río que desciende «entre dos marcos de esmeraldas» y derrama entre Punta Gorda y los perfiles orientales del delta argentino sus nacaradas aguas, que mezcladas con las del Paraná forman la ensenada septentrional del Plata, fué descubierta en desconocido día del mes de Enero de 1520, por el capitán Juan Rodríguez Serrano (2).

Azara interpretando mal á Ruiz Díaz de Guzmán declaró primer descubridor del Uruguay á un capitán Juan Alvarez y Ramón. El historiador Uruguayo don Isidoro de María comprendía á Díaz de Guzmán, y, aunque no proclama *primer* descubridor al referido Alvarez no menciona que otro explorara antes aquellas aguas. Nuestro distinguido compatriota el Dr. Berra dice que Gaboto «llegó hasta el Uruguay y ordenó á Juan Alvarez y Ramón que lo explorase», pero tampoco refiere que otro le precediera. Los demás historiadores platenses nada han publicado sobre el descubrimiento del Uruguay.

Pero sea ó no exacta la versión de Ruiz de Guzmán (3), desde que dice que Alva-

de Santa María, ó que fuera el primero que viera destacarse sobre las aguas del estuario la Isla de San Sebastián de Cadiz; pero, aún en esta hipótesis, García no sería en la historia más que el marinero de Triana.

(1) Este capítulo fué escrito con motivo de la inauguración de un monumento en la Punta Gorda oriental en el que se inscribió como descubridor del Río Uruguay á uno que no lo fué.

(2) Herrera lo nombra Rodríguez Serrano, y Navarrete le suprime el primer apellido; pero conocemos una petición á su rey firmada por Rodríguez Serrano; y en la nómina de los pilotos del Rey de Castilla en el año 1545 figura con el nombre de Juan Rodríguez Serrano. Generalmente le llamaban por el segundo apellido.

(3) Entre los capitanes que mandaban las naves de Gaboto no se encuentra el nombre de Juan Alvarez y Ramón; tampoco se encuentra entre los empleados principales y secundarios, ni en la nómina de los hijosdalgo y personas que con Gaboto vinieron, que publica Herrera. Navarrete no menciona en su «Biblioteca Marítima» el nombre de Juan Alvarez y Ramón, Luis Ramirez, en su minuciosa carta, tampoco

rez y Ramón vino en la expedición de Gaboto, no pudo su exploración preceder al descubrimiento hecho por Juan Rodríguez Serrano.

Era éste el capitán de la nao *Santiago* una de las que formaban la expedición al mando de Magallanes. Cuando el 16 de Enero de 1520 fondearon en las inmediaciones del actual puerto de la Colonia, la «Santiago», por ser la nave más pequeña, y la que probablemente calara menos agua fué enviada—según consta en el Diario de Viaje escrito por Francisco Albo, contra-maestre de la nao «Trinidad»—á lo largo de la costa «por ver si había pasado» (el que buscaban para doblar el continente).—«Allí hallaron unas isletas»—sin duda alguna las del archipiélago frente á la Colonia, Martín García, las llamadas hoy Dos Hermanas, Lola y Juncal—«y la boca de un río muy grande que iba al Norte»—que supieron era el Río de Solís,—y cuya situación calcularon en 33 grados y medio al Noroeste. La «Santiago» remontó hasta

lo menciona; ni el suceso en que se dice fué víctima, ni la pérdida de la nave, acontecimiento muy importante en aquellas circunstancias, que Alvarez Ramón vino en la expedición de Gaboto, no pudo su exploración preceder al descubrimiento hecho por Juan Rodríguez Serrano.

Ninguno de los antiguos historiadores confirman ó relata los episodios que cuenta Ruiz Díaz de Guzmán. En las informaciones, declaraciones y referencias, en los procesos que se formaron á Gaboto, no hay una palabra de la que se infiera tales hechos. Por fin el estudio prolijo de los documentos hasta hoy conocidos no revela la posibilidad de tales sucesos: Gaboto llegó al antiguo San Lázaro con las cuatro naves «Santa María del Pinar» «Trinidad» una carabela de Esquiber, y una goleta que construyó en Santa Catalina, ahora bien, dos de esas naves,—según consta en la memoria de Diego García,—quedaron con Antonio Grajeda; Gaboto remontó hasta el Carcarañá en la goleta y carabela (carta de Ramírez); del Carcarañá, es decir, después de la época en que Ruiz Díaz refiere que exploró Alvarez y Ramón, mandó Gaboto la goleta á San Lázaro y en ella fueron á Sancti Spiritu, los que habían quedado en el Real. La carabela quedó en la boca del Carcarañá: Gaboto exploró el Paraná y Paraguay en la galera ó sea en la goleta (sinónima de galera pequeña) y con el bergantín que construyó en el Carcarañá: no queda, pues nave alguna, de las que se conocen, para la exploración de Alvarez y Ramón. Por último la carabela llevó á España á los enviados Calderón y Barlow.

una distancia de 25 leguas de las otras naves.

El gran Río que «iba al Norte» no puede, pues, ser otro que el Uruguay, por que la boca del Guazú se encuentra al Oeste, y se extiende como 17 millas en ese rumbo. Por otra parte, Punta Gorda se encuentra á los 33° 25' 25" de latitud Sur, y además que la pequeña diferencia de 22' 35" en los instrumentos de entonces se concibe perfectamente; la boca del Guazú está todavía mas abajo. No puede pues, haber duda alguna de que el «río muy grande» que descubrió la «Santiago» fué el Uruguay, y habiéndose alejado 25 leguas (de las de entonces) de las otras naves, claro es que lo remontó hasta el actual Fray-Bentos ó sus proximidades

Que Juan Rodríguez Serrano mandaba entonces la «Santiago», es también indudable: de España salió mandándola, como lo hemos demostrado; la mandaba en la Bahía de San Julián; en ella el 3 de Mayo de 1520, descubrió el Río de Santa Cruz y por último, bajo su dirección y durante un temporal se perdió esa nave el 22 de Mayo de ese año pocas leguas al Sur de dicho río.

Podemos, pues, con entera confianza, proclamar al capitán Juan Rodríguez Serrano «descubridor del Río Uruguay.»

En los muy pocos libros y documentos que mencionan su nombre, solo se encuentra uno que otro dato relativo á su carácter: era como se verá subordinado y prudente, valeroso y noble—virtudes que pocas veces reúne el hombre—y á ella agregaba, sin duda, algunos méritos científicos, pues era piloto de sus altezas.

En el combate, en la Bahía de San Julián,—el primero, ¡ay!, fratricida, que se libró en las costas atlántico-australes de nuestra América,—Juan Rodríguez Serrano se declaró «por el rey y por el capitán Hernando de Magallanes.»

Gran confianza como marino debía inspirar Serrano á su capitán mayor, desde

que, apesar de mandar la más pequeñas de las naves, y de quedarse Magallanes en San Julián rodeado de enemigos, no vaciló éste en elegirle para que fuera á buscar por aquellas costas procelosas é ignotas el anhelado cabo ó estrecha que doblara el nuevo continente; y si las furias de Neptuno, después de desgarrarle velas y de desmontarle leme no hubieran arrojado su pequeña nao en las ásperas costas de Monte León, quizás saludáramos á Juan Rodríguez Serrano como al descubridor del Estrecho que, en estación menos rigurosa, encontró y recorrió su inmortal jefe; pues solo estaba ese paraje á unas 50 leguas del sitio en que la «Santiago» fué destrozada.

Vuelto por tierra á San Julián después de los padecimientos consiguientes, Serrano fué nombrado capitán de la «Concepción» en reemplazo de Luis de Mendoza, muerto á puñaladas por orden de Magallanes; quien para terrible escarmiento por la sublevación que con Quesada y Cartagena encabezaron lo mandó así é hizo descuartizar su cuerpo y el de Quesada, dejando desterrados en aquellas gélidas soledades á Cartagena y á un clérigo

Como capitán de la «Concepción» acompañó Serrano á Magallanes en el descubrimiento del Estrecho, y en la navegación del Océano Pacífico hasta que llegaron al archipiélago filipino; y cuando Magallanes resolvió atacar al Rey de la isla de Matatán, fué Serrano quien, muy juiciosamente, le aconsejó «que no tratase de aquella jornada, [porque además de que ello no seguía «provecho, las naves quedaban con tal mal «recaudo que con poca gente las tomarían; «y que si todavía quería que se hiciese, no «fuese, sino que enviase otro en su lugar».

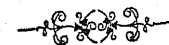
Vueltos á Zebú después de la muerte de Magallanes «heridos y aflijidos» estaban los castellanos en las naves cuando el rey cristiano, compelido por los otros cuatro reyes, les invitó á que fuesen á tierra para entregarles la joya que, para el Rey de Castilla había ofrecido á Magallanes, Duarte

Barbosa que había sido nombrado para reemplazar en el mando á Magallanes, llamó á los capitanes y les dijo: «que había aceptado el convite del rey cristiano, y que quería que fuesen á recibir la joya». Serrano le observó «que le parecía temeridad «salir de las naos, á donde el rey cristiano «podía enviar su presente, porqué al de «sampararlas habiendo sido rotas y dejar «las á tan mal recaudo, era negocio peli «groso, y que sería bien detenerse para «descubrir mejor si había algun engaño» ¡Cuan previsor era este consejo! Duarte Barbosa replicó «que estaba determinado «á ir; que le siguiesen los que quisiesen, «y que si Serrano, de miedo, se quería «quedar, lo hiciese en hora buena.» Serrano entonces saltó el primero al batel.

Llegados á tierra los que se hallaron mas sanos, el compelido traidor condujo á los convidados á unos palmares, donde estaban puestas las mesas: sentados á comer, cayó sobre ellos un golpe de gente y mataron á todos, salvo á Serrano «por que era bien quisto de los indios, dice Herrera. Algún signo de bondad debía mostrar en su fisonomía, alguna luz de nobleza en su mirada, para alcanzar la comiseración de aquellos bárbaros.

De las naos vinieron á arrastrar los muertos y arrojarlos al mar. Después una multitud de salvajes condujo á Serrano, desnudo y maniatado, á la rivera. A voces anunció que todos sus compañeros habían sido muertos, y que á él le entregarían por dos piezas de artillería; rogó que le rescatasen; pero impotentes ó autorizados los de las naves, pusiéronlas en vela, abandonándolo. Los zebús, en salvaje agazara, le ultimaron entonces, y el descubridor del Uruguay allí quedó, como el naufrago de Byron, sin tumba ni féretro, sin tañidos ni recuerdo.

(Continuará)



A LA DE SIEMPRE

I

Eres hermosa mujer,
Con tus labios purpúreos
Y con tus ojos divinos,
Sinónimo de placer.

II

Deslumbras como una luz;
Admiras por tu pureza;
Y realzas tu belleza,
Con tu donaire andaluz.

III

Es tu precioso semblante
Un conjunto de hermosura
Y hay desbordes de ternura
En tu corazón amante.

IV

Cuando los hombres te ven,
Al observarte tan bella
Crean que eres una estrella
O un arcángel del Edén.

V

Tienes del Africa el fuego
En tu mirada radiante,
Y en mi corazón amante
Para tí siempre hay un ruego.

VI

Desbordante de pasión
A tus pies estoy rendido;
Y te imploro, ángel querido
Que no mates mi ilusión.

Agosto Musso.

TRÁGICA

La lluvia, impelida por el viento, azotaba los lípidos cristales de una hermosa habitación que daba sobre una quinta, adornada por frondosos árboles y florecientes jardines, á tiempo que una linda cabeza de mujer, de negra cabellera, aparecía dentro de dicha habitación, dirigiendo su mirada hacia afuera y tratando de escudriñar, á través del velo acuoso que cubría los cristales, los senderos que conducían al fondo de la quinta.

Algo esperaba, y eso parecía demostrar con sus ademanes de impaciencia, mirando

de cuando en cuando hacia el interior como temerosa de ser descubierta. En medio de aquella excitación, estaba hermosa, con su semblante pálido contrastando con lo negro de sus grandes ojos y enortijados cabellos.

Su impaciencia no tardó en desaparecer, al ver que un hombre, embozado en un capa, caminaba entre los árboles con mucho recato y lijereza, no tardando en llegar al pié de la escalinata que conducía á una puerta situada junto á la ventana donde hemos visto á la ansiosa joven. Esta, después de asegurarse de que estaban solos, abrió la puerta, penetrando por ella el caballero que sin detenerse preguntó:

— ¿Estás pronta?

— Si, contestó ella con voz tan débil que indicaba el dolor que le causara el pronunciar esa palabra.

— Pues vamos, replicó el primero; no perdamos un momento que puede ser nuestra perdición un minuto de demora; vamos pronto, que en el fondo de la quinta nos espera un caballo que nos llevará hasta la orilla del río que cruzaremos en una barquilla; vamos, querida mía, apresúrate. Y así diciendo, conducía á la joven fuera de la habitación, la cual, llorando, se cubría con un grueso reboso para resguardarse de la lluvia finísima que continuaba cayendo.

Llegaron junto al caballo, y subiendo á ella primero y él después, partieron al galope entre copudos árboles que los protegían de las miradas curiosas, juntamente con la oscuridad de que se iba cubriendo la superficie del suelo.

*
*
*

Así anduvieron largo trecho, respetando el silencio que los rodeaba; él teniéndola á ella con su brazo derecho, mientras con el izquierdo manejaba á su caballo que todavía no daba señales de cansancio.

Sin embargo, en medio de aquel silencio, meditaban ambos sobre su suerte. Ella, acongojada, con el corazón partido de dolor lloraba en silencio. Pero á pesar de todo, conservaba una alegre esperanza: el vivir

junto á su amado; el vivir adorando á aquel hombre por quien lo había sacrificado todo y que le brindaba su cariño. Cruzaban en ese momento por su mente los alegres recuerdos de su infancia; la edad en que todo es alegría; la edad de la inocencia y el placer; la aurora de la vida, en que solo se huellan olorosas flores sin encontrar zarzas ni espinas. . . . Recordaba las caricias de su extinta madre, y á este recuerdo parecía subírsele el corazón á la garganta como impelido por el dolor.

¡Ah! pero ¿por qué lloraba? . . . ¿Por qué aquella ciega obstinación de su padre en no dejarla casar con el ser de sus ilusiones, sino con aquel rico heredero que era un conjunto de defectos? ¿Acaso no era su Ricardo un joven de excelentes cualidades y bastante elevada posición, para poder aspirar á la blanca mano de Luisa, la hija del señor de Azagra? Este no lo creía así, y, además, Ricardo era hijo de aquel señor de Sanabria que no hacia mucho tiempo, le habia ganado un pleito y por lo cual conservaba todavia cierto rencor. Todas estas ideas y otras muchas cruzaban por su imaginación sobreexcitada. Ricardo la contemplaba de cuando en cuando, haciendo asomar á sus labios una débil sonrisa empañada por cierta tristeza. También cruzaban por su mente mil ideas distintas, y á pesar de la alegría que le causaba aquel paso por el que iban á realizarse sus ilusiones, no podía menos que pensar en el inmenso dolor que le causaría á sus queridos padres tan brusca é inesperada resolución.

*
*
*

Estos últimos conocían, como es natural los amores de su hijo con Luisa, pero no sospechaban ni por asomo que su Ricardo fuera despreciado por el Sr. de Azagra, no permitiéndole desposarse con su hija. Sin embargo, hacia algunos días que encontraban á aquél más preocupado que de costumbre; notaban en su carácter antes alegre un cambio casi brusco y había que repetirle muchas veces una misma pregunta para

obtener respuesta: á tanto había llegado su preocupación.

Esto sucedía desde el día en que habiendo solicitado la mano de su amada, le fué rotundamente negada. Entonces, aunque con alguna repugnancia por parte de Luisa, combinaron ambos el plan de huir é ir á casarse en una ciudad retirada donde poder vivir felices.

En el día propuesto para la partida no habia cesado de llover, y los padres de Ricardo al ver salir á éste á caballo, á una hora tan avanzada y con aquel tiempo, extrañaronse, sin duda; pero, pensando que iría á alguna diligencia de sus negocios, no se preocuparon más. Sin embargo, las cosas no pasaban así en casa de Luisa. Esta sabia que Ricardo vendría á buscarla al anochecer, porque habia pensado atravesar el río y pasar de noche por el pueblito situado en la otra orilla, con el objeto de no ser visto ni excitar sospechas de ninguna clase.

Ahora bien; Luisa habia pretextado cierto malestar debido, según decia, al mal tiempo reinante, excusándose así de asistir á la cena para retirarse á su cuarto, donde la hemos visto por primera vez. Lo demás lo dejamos ya narrado; dejemos, pues, seguir á los dos enamorados en dirección al río y veamos entre tanto lo que sucedía en casa de Luisa.

*
*
*

Su hermano, estudiante de la Escuela Militar, joven arrogante y de elevado talento, era también contrario á los amores de su hermana, con la que habia tenido más de un altercado por dicha causa. Creyéndola enferma en realidad, se dirigió á su habitación con ánimo de preguntarle cómo se hallaba y ofrecerle algo, pero no la halló como esperaba, y viendo abierta la puerta que conducía al jardín, se le ocurrió que habria bajado á él, extrañándole, no obstante, que tal hiciera en el estado en que creía que se hallaba. Bajó, pues, por la escalinata é iba á pisar ya el último escalón, cuando se detu-

vo de repente como herido por un rayo, clavando su mirada en el suelo en el que había distinguido las huellas frescas de un pequeño pié de mujer y otras mayores como de la bota de un hombre.

A su vista se paralizaron sus miembros, y un terrible presentimiento cruzó por su espíritu; pero reaccionando de pronto, corre hacia la caballeriza, monta en su caballo aún ensillado y se lanza en pos de los fugitivos guiándose por los rastros dejados, bastante notables en la tierra húmeda para ser vistos aún en la penumbra. Al llegar al fondo de la quinta percibió en seguida los cascos de un caballo marcados en la tierra y guiándose por ellos, parte con la rapidez de un relámpago, aguijoneando fuertemente á su corcel.

Su honor, que veía ultrajado, rugía dentro de su pecho, pintándose en su pálido rostro el coraje y el deseo de venganza. Adviniendo tal vez la dirección que seguían los dos amantes, ya no se detenía en mirar las huellas, sino que hincaba las espuelas en los hijares de su caballo, al punto que éste volaba más bien que corría sobre la verde yerba del camino, pareciendo en conjunto un fugitivo centauro de la Mitología Griega.

Al doblar un recodo que hacía el camino á la derecha cerca de la orilla del río, se presentó ante su mirada ansiosa el grupo de su hermana y Ricardo. Al galope de su incansable animal dirigióse á ellos con la rapidez de una flecha, no pudiendo contener un grito de furor que escapó desde el fondo de su pecho como un verdadero rugido el cual fué un aviso para que Ricardo, castigando á su caballo, lo lanzara á todo lo que daban sus escasas fuerzas, debilitadas ya por el exceso de carga, diciéndo al mismo tiempo á su amada: ¡Animo! nos persiguen.

Pero ¿qué había de hacer en aquellas circunstancias? El de atrás le ganaba terreno, pronto lo alcanzaría. Arrojarle al río era buscar la muerte, porque no lo podría cruzar; era muy ancho. Huir era inútil. . . Entonces Ricardo se decidió á hacer frente al

que lo seguía fuera quien fuese, y sacando una pistola del cinto, apuntó á su perseguidor que ya lo alcanzaba.

Luisa, inmóvil hasta ese momento, reconociendo á su hermano y viendo que su amante iba á hacer fuego sobre él, rápida como el pensamiento le desvía el brazo, no dando tiempo siquiera á que saliera la bala. El militar, por el contrario, llegando en ese momento junto á ellos, exitado por la cólera y ciego de furor, apuntó al grupo é hizo fuego sobre él gritando al mismo tiempo: Infames! . . .

La bala había atravesado el pecho de Ricardo que, lanzando una maldición y llevándose una mano á la herida, cayó del caballo arrastrando consigo á su amada que quedó de rodillas junto á su cuerpo, salpicado su hermoso rostro por la sangre que salía á borbotones de la herida.

Luisa, que hacía un momento había pensado en la felicidad, que creía haber satisfecho su dulce ilusión, no pudo resistir tamaño golpe: fuera de sí, loca de desesperación y de dolor, teniendo ante sus ojos la terrible realidad, arrebató con la rapidez y la ferocidad de un tigre, la pistola que aún empuñaba la mano del moribundo é hizo fuego sobre su hermano que cayó en tierra con el corazón partido por la bala fratricida, exclamando como una maldición: ¡Mi hermana! . . .

Luisa, desfigurado el rostro, las manos crispadas y falta ya de sentido, al sentir la exclamación de su hermano que caía bañado en un mar de sangre, se revuelve sobre sí misma como una fiera salvaje, arroja lejos la pistola y, rechinando los dientes, corre despavorida hacia el río al cuál se arroja desde lo alto de una peña, lanzando un ¡ay! prolongado y agudo: el último gemido de una loca por la desesperación y el dolor.

R. E. Rodríguez.



AMÉRICO VESPUCCIO

(Conferencia leída en el aula de Historia Americana)

POR AGOSTO MUSSO

(Continuación)

Pedro de Maris refiere que Juan Coello fué mandado con 6 naves, sin indicarnos el año, de las cuales perdió dos, y que, cuando llegó á Portugal el rey don Manuel había muerto. Simón de Vasconcellos lo repite y Goez refiere que esa expedición se hizo en 1503. Lo que nos podría ilustrar sobre el viaje de Coello y si Vespucio estuvo en él, sería la obra de Goez sobre la América, obra que le fué mandada á hacer por el mismo rey; por desgracia esta obra, que quizás daría luz á esta oscurísima cuestión se ha perdido.

Como complemento podemos decir que el Vizconde de Santarem, revisó todos los documentos relativos á Coello y en ninguno halló el nombre del cosmógrafo florentino. Tampoco halló nada en el título genealógico documental histórico, de la familia de los Coellos.

Por otra parte, no debemos olvidar, que Vespucio en su primera carta, no hace referencia cuando habla de su llegada al Cabo Verde, del encuentro con Alvarez Cabral.

Luego si tenemos en cuenta, las flagrantes contradicciones que hay en lo que dice este personaje, y si además observamos esa costumbre de hablar en plural, tenemos que admitir que fué ó como subalterno, ó como persona eruditísima que era en cosmografía; pero, que con tanta tranquilidad como desvergüenza, al hacer las relaciones, se apropió de toda la gloria de dichos viajes, cosa que ya estaba acostumbrado, puesto que hizo lo mismo con los de Hojeda, halagando de esa manera su ambición y orgullo.

De todas las pruebas que hemos presentado, podemos deducir lógicamente, que

son muy dudosas, las pretensiones de este florentino; puesto que sería, por el contrario, fenómeno digno de estudio que en la enorme cantidad de 400.000 documentos que se encuentran en Lisboa, ni se hallaba su nombre.

Si leemos su carta á Pedro Soderini, podemos ver que habla de la Real Cédula que le alcanzó en Sevilla, lo cual es un hecho que no tiene precedente, puesto que las cédulas de los Reyes de Portugal, se registraban siempre en la cancillería del reino. Ni una sola se ha perdido, de manera, que la cancillería del rey don Manuel se conserva completa: ¿como, preguntamos, podría recibir Vespucio, cédula real, sin que se registrase en la cancillería, según los códigos y leyes? ¿Acaso podemos admitir que se contraviniesen los códigos y las leyes expresamente en favor de Vespucio?

Si proseguimos leyendo dicha carta, podemos ver que él no iba como jefe de expedición, puesto que dice: «Pero nuestro capitán, hombre muy arrogante y voluntario quiso ir á reconocer etc. . . y para hacer alarde de que era capitán de seis naves llevó á cabo su intento á pesar de todos nosotros capitanes» . . . Esta confesión formal, por parte de Américo Vespucio, prueba de una manera evidente que él estuvo como subalterno, de lo cual podemos deducir que le existían tanto derecho de dar su nombre al nuevo mundo como á los otros cinco capitanes, derecho que si consideramos como tal, era mas legítimo aún en el capitán en jefe.

Además, podemos citar como prueba irrefragable la historia de Barros, que hace una larguísima relación del descubrimiento del Brasil y dá los nombres de todos los capitanes, y ni nos hace mención de Vespucio, ni nos recuerda el supuesto viaje en 1497 de este florentino, y cuando nos habla de 1504, nos relata el viaje de Juan de Nova con cuatro naves y nada nos dice de Vespucio, no obstante no ocul-

tarnos que aquel capitán no era portugués. No podemos suponerle motivos tan poderosos que le hicieran mencionar un personaje relativamente oscuro y callar á otro esclarecido, con detrimento de la veracidad histórica. Podemos sentar con plena seguridad que si aquel viaje hubiera existido dicho historiador nos hubiera dado noticia de él, como las dió refiriéndose á los capitanes de las naves, entre los cuales nos nombra á Bernardo Vinet, florentino de nacimiento.

Igual silencio guarda este historiador contemporáneo con respecto al segundo viaje. Cuando nos habla de los sucesos que acaecieron en el año de 1503, solo nos recuerda la expedición que el rey Manuel el Afortunado envió á la India en tres divisiones cuyo mando dió á Alfonso de Albuquerque, Francisco de Albuquerque y Antonio Saldanha, no mencionando para nada á Vespucio.

Osorio, igualmente, no habla en su obra cuando llega á tratar del descubrimiento del Brasil, mas que la expedición de Cabral y de Gaspar de Lemos y no nos es dable admitir, que este historiador contemporáneo que viajaba por Italia y Francia, para hacer estudios sobre las lenguas orientales no tuviera noticias de los tan decantados viajes de Vespucio, en países donde tanto se hablaba de descubrimientos marítimos y geográficos.

Charleroix, viajero muy docto, dice que Vespucio para dar su nombre al nuevo mundo, se valió de una susperchería. El caballero de Rossi, en su historia de Cristóbal Colón, se extiende en concienzudas consideraciones con respecto á los viajes del inmortal descubridor, á los de Vespucio y aún nos habla del viaje que hizo Hojeda en 1499, donde iba el florentino como subalterno, viaje que se emprendió un año después del tercero que efectuó el egregio marino genovés. El caballero citado pregunta: «Que hicieron durante aquellos dos años, Hojeda y Vespucio, que según la relación

de este último, ni siquiera arribaron á aquellas playas, aunque dijeron que las habian visto los primeros? ¿Como el mismo Colón no hubiera hablado de ello siendo así que todo lo nota en sus cartas, y no sabe acallar sus quejas cuando le parecen fundadas? ¿Como se explicará el silencio de los autores contemporáneos sobre este punto? Y sin embargo, Américo Vespucio, tuvo la no merecida gloria de dar su nombre á aquella parte del mundo y la indiferente posteridad, sancionó con su silencio un fallo dado contra Colón por la injusticia, y que el transcurso de los tiempos ha hecho irrevocable.»

Nos encontramos pues, ante un difícilísimo problema, cual es el de si son ó nó verídicos los viajes de Vespucio. Refiriéndonos á los de Hojeda podemos preguntar si Vespucio fué jefe de la armada enviada á América ó si embarcó en ella como simple pasajero. Esta cuestión se ha resuelto satisfactoriamente, porque esa expedición fué empendida, por Hojeda mandado por el arzobispo de Badajoz, enemigo de Colón, en ella iba como piloto Juan de la Cosa, y Américo se embarcó como simple pasajero llevando, solo en calidad de tratante, un interés pecuniario. Ya lo hemos hecho notar, y Vespucio en sus cartas, siempre habla en plural y no nos dice nada de las comisiones, que algunos afirman, le dió el rey de España, á no ser en [la carta dirigida á Lorenzo de Médici].

Un historiador dice: «En la relación de su segundo viaje, si es que puede suponerse que hizo el primero. Vespucio deja columbrar cierta envidia, del que visitó primero el nuevo hemisferio; los viajes que aquel florentino hizo posteriormente se emprendieron de orden de la corte de Portugal y entonces fué cuando se atribuyó el honor de haber cubierto el Brasil, honor que le disputan los españoles y que los portugueses atribuyen á unos de sus compañeros: Pedro Alvarez Cabral».

Además de todas las incoherencias que se pueden fácilmente observar en las relaciones del florentino resultan ciertas inverosimilitudes, como es la dedicatoria de Vespucio, fecha el 4 de Setiembre de 1504 en Lisboa, á Renato, duque de Lorena, que se titulaba rey de Sicilia y de Jerusalem, dedicatoria que se halla en la *Cosmographice Introductio*, impresa en Lorena en 1507, libro, donde se lee por primera vez el nombre de América.

Este Renato de Anjou, duque de Lorena murió en Aix el año de 1480 y mal podía Vespucio escribirle ni dirigirle relaciones, 24 años después de su muerte. Tampoco es posible comprender, como este duque pudo tener relaciones con Vespucio, puesto que él murió diez años antes de la llegada del florentino á España y este no emprendió viaje alguno hasta 19 años después de su muerte.

Mas aún, no podemos admitir, como posible que se haya criado con el cosmógrafo florentino, puesto que este nació el 9 de Marzo de 1454 en Florencia. y el duque Renato 1.º nació en el castillo de Anjers el 16 de Enero de 1409. Salta claramente á la vista que mediando 42 años entre ambos no deben de haber estudiado la Gramática juntos. Además Renato se crió en Anjers, con su madre, y Vespucio pasó su juventud en Italia.

Las primeras relaciones de Renato con Italia, datan del 1434; fué á Génova y á Nápoles hacia el año 1438 volviendo á Francia por el año 1442, antes de que naciera Vespucio. Con respecto á Renato II se presentan dificultades, que si bien no son del tamaño de las precedentes son bastantes grandes; ante todo en ninguno de los escritos de la Lorena, que hablan de este personaje, dicen que haya estado en Italia antes de su viaje á Venecia en 1480, donde negoció un tratado con dicha república.

Cuando pasó á Italia, tenía 29 años y no es lógico suponer que á esa edad fue-

ra á estudiar Gramática cuando ya negociaba tratados y recibía el nombramiento de teniente general de los ejércitos de la República. Además ningun historiador afirma que Renato hiciera sus estudios en Florencia. Bandini, gran panegirista de Vespucio, copia un pasaje de Juan Ricci, célebre anticuario, que hablando de la escuela de Antonio Vespucio, dice: «Antonio Vespucio, daba lecciones de Gramática á muchos muchachos de la principal nobleza, y entre otros á Pedro Miser, Tomás Soderini y Américo Vespucio». Claro está que si Renato II hubiera sido discípulo de Antonio Vespucio y compañero de Américo, no habria sido olvidado por el anticuario Ricci y el panegirista Bandini.

(Concluirá).

Florilegios de Obras Latinas

(Conclusión)

Informe sobre los cristianos

Me he hecho un deber, señor, de consultarte sobre todas mis dudas, y quien mejor que tú, podría guiar mi incertidumbre ó alumbrar mi ignorancia?

Jamás asistí á las informaciones contra los ciudadanos, de manera que ignoro cuándo y según que medida se aplica el castigo ó la información. No he sabido decidir si preciso es tener en cuenta la edad ó confundir en la misma represión al niño y al hombre hecho; si puede concederse perdón al arrepentimiento ó si aquel que una vez fué cristiano, no ha de hallar salvaguarda en el cesar de serlo; si se castiga al nombre solo de cristiano aunque se halle libre de mancha ó á los crímenes ligados á ese nombre. Hé aquí, sin embargo, la regla de conducta que he seguido con respecto á los que han traído ante mi tribunal en el concepto de cristianos. Les he preguntado si lo eran. A aquellos que confesaron, les repeti-

la pregunta por segunda y tercera vez amenazándoles con el suplicio. Los que persistieron fueron conducidos á él, porque sea cual sea la naturaleza de su confesión, he pensado que se debía castigar por lo menos su terquedad y su obstinación inflexible. He reservado á otros encaprichados en la misma locura para enviarles á Roma porque son ciudadanos romanos. Bien pronto como de costumbre, y debido á la atención que se les prestaba, se multiplicaron las acusaciones, y el delito se presentó bajo un número mayor de formas. Publicóse un anónimo en el cual se denunciaba á cierto número de personas que niegan ser ó haber sido cristianos. A presencia mía, y en los términos que les prescribí, han invocado á los dioses y han ofrecido vino é incienso á su imágen que expresamente hize traer junto con las estatuas de nuestras divinidades; han llegado hasta pronunciar imprecaciones contra el Cristo, cosa á la cual, según dicen, no es posible inducir á los verdaderos cristianos. He creído, pues, que debía absolverlos. Otros, á quienes acusó un denunciador, confesaron primero ser cristianos, pero se retractaron enseguida, declarando que efectivamente lo habían sido, pero que ya no lo son, unos desde hace tres años, otros desde hace más tiempo, y algunos, desde hace veinte años. Todos adoraron su imágen y las estatuas de los dioses. Todos llenaron á Cristo de maldiciones. Por otra parte aseguraron que su falta ó su error sólo consistió en esto: en reunirse en día fijo antes de amanecer; en cantar por turno alabanzas á Cristo como si fuera un Dios, en comprometerse por juramento, no á cometer un crimen, sino á no ejecutar el mal, ni á hacer acto de bandolerismo, ni de adulterio, á no faltar á su promesa, á no negar un depósito: separándose después de esto, para reunirse de nuevo y comer alimentos vulgares é inocentes. Agregaron que habían renunciado á tales prácticas después de mi edicto, en el cual según tus órdenes, prohibía las asociacio-

nes. Juzgué necesario para descubrir la verdad, dar tormento á dos esclavas iniciadas en ese culto; pero en sus confesiones no he encontrado más que una superstición ridícula y excesiva. He suspendido, pues, la información, para recurrir á tus luces: el asunto me ha parecido digno de reflexión, sobre todo por el número de las personas á quienes amenaza el mismo peligro. Multitud de gente de toda edad, de clase y sexo distinto, se verá comprendida día á día en esta acusación. Este mal contagiado no ha infestado tan solo á las ciudades, se ha apoderado ya de las aldeas y de los campos. Creo, sin embargo, que tiene remedio y que puede ser detenido; lo que hay de cierto, es que los templos, no hace mucho abandonados, se ven hoy concurridos, recomendando los sacrificios, por largo tiempo en Jesuso. Por todas partes véndense víctimas que no encontraban antes compradores. De ello puede juzgarse, cuánta gente volverá de su desvarío, si se hace gracia al arrepentimiento.

(PLINIO—*Versión indirecta de la traducción francesa de Sacy, Colección Panchouche.*)

PERICLES

(*Conferencia leída en el aula de Historia Universal*
POR JULIO M. SOSA

—
Conclusión.

« Nos ordenan dice que partamos de Potidea, que dejemos á Egina su libertad, que revoquemos el decreto contra los megarenses y que dejemos vivir en libertad á los griegos. Si les otorgamos esto, incontinentemente os demandarán otra cosa mayor pareciéndoles que por miedo habeis cedido á sus pretensiones, y si les recusais con aspereza vendrán recusando en igual tono. «Se estiende en otras consideraciones y añade:» Para dar fin á mis ra-

« zonas diré que debemos enviar embajadores á Lacedemonia y responderles que no prohibiremos á los megarenses, nuestros puertos, ni los mercados con tal, de que los espartanos no vedan la contratación en su ciudad á los extranjeros como la vedan á nosotros y á nuestros aliados y confederados, pues ni lo uno, ni lo otro está exceptuado ni prohibido en los tratados de paz. En cuanto al otro punto que nos piden, dejar las ciudades de Grecia libres y que vivan con sus leyes y albedrío que así lo haremos si ellos también permiten á sus ciudades gozar de la libertad que quisieran para que vivan según sus leyes y particulares instituciones».

He ahí, por medio de las palabras del mismo Pericles, rectificadas esas opiniones ligeras que atribuyen la culpabilidad de la guerra del Peloponeso al ilustre demócrata ateniense. Esparta rechazó esas bases equitativas que proponía Pericles y que sancionó su pueblo para evitar las contingencias puestas de una guerra terrible.

Si esto no es bastante para demostrar la falta de fundamento que entrañe ese cargo hecho á Pericles porque según dicen, le convenía «embargar el ánimo de sus compatriotas á fin de que estos no le pidiesen cuenta de las crecidas sumas que gastaba en monumentos, etc.» apelaremos al testimonio autorizado de Müller que afirma lo contrario, y considerando el estado en que entonces se hallaba Atenas, nos dice: «que si Pericles hubiese aconsejado á sus compatriotas que cediesen el campo á los espartanos hubiera perdido el prestigio de que disfrutaba entre los helenos y desconfiado de sus propias fuerzas, *sin lograr la paz*. Pericles, pues, fundándose en estas buenas razones creyó del caso para conservar la tranquilidad interior de su Patria, comprometer á los atenienses en una guerra escabrosa que los obligaba á poner el timón del Estado en sus manos, muy oportu-

nas para dirigirlo. Con efecto, si se prolongaba el curso de su vida, Pericles era el único varón que podía reemplazar á Cimón en aquella guerra desastrosa».

Es indudable, pues, que la guerra del Peloponeso no se produjo por culpa de Pericles. Esa guerra era fatal é inevitable. De igual modo, como dice Cantú que rotos los diques se desbordan las aguas por ellos contenidas, así se desbordaron las rivalidades mal encubiertas de Esparta y Atenas, cuando una excusa cualquiera dió lugar á reconvenções internacionales. Veinte años más temprano, veinte años más tarde esa guerra debía sobrevenir. Aquellas dos sociedades minadas por un odio profundo, por una rivalidad serda hija de sus cualidades ingénitas, fundamentalmente antagónicas, y creciente era natural que extinguieran sus rencillas con las armas, sucumbiendo, una de ellas ó ambas puntas en la contienda terrible: Los azares de la lucha decidieron el destino de las dos grandes naciones griegas, y para desgracia de la humanidad la autorcha del progreso hubo de apagarse ante la prepotencia brutal de un pueblo bautizado con sangre y engreído en la barbarie de sus costumbres primitivas!

Hemos bosquejado ya la personalidad de Pericles. Su muerte no fué por cierto digna coronación de su vida brillante y proficua, pero supo conservar hasta su último momento aquella entereza de ánimo que lo mantenía sereno en el peligro y le impuso la meditación en los trances más difíciles de su carrera política. Nunca la sombra de un error *consciente* agitó su espíritu, y sus postreras palabras nos lo demuestran al decir que el único mérito que él se reconocía era el de no haber hecho vestir luto á ningún ciudadano.

La posteridad no debe olvidar sus hechos en bien de Atenas. Debe reconocer la grandeza de su alma patricia, educada al calor vivificante de los sentimientos más nobles

y elevados. Debe comprender la magnitud de la obra que llevó á efecto consolidando los cimientos eternos de la civilización humana; modelando los caracteres típicos de las sociedades libres que solo ambicionan progresar para constituir sobre bases sólidas su existencia; lanzándose al porvenir en busca de la facilidad soñada para la patria que tanto amó; tejiendo los laureles que sobre su tumba más tarde debían haber servido de enseñanza y de estímulo á los conquistadores enceguecidos que pasearon por sus tierras la bandera del exterminio llena de sangre y de oprobio.

Su vida de político y de militar está sintetizada en el ideal constante que perseguía de engrandecer á su pueblo. No fué la ambición, nó, la causa que lo impulsó á acometer las grandes empresas realizadas bajo su gobierno. Cuando el pueblo ateniense, por naturaleza voluble, quiso despojarle del su autoridad, él volvió tranquilo á su hogar. Reconociendo después sus compatriotas la injusticia que habían cometido; conveniéndose de que sus servicios les eran indispensables, le llamaron nuevamente; pero él siempre austero declinó la aureola de su antigua popularidad, y solo las exigencias reiteradas de la multitud arrepentida, pudo decidir á su ánimo para aceptar el gobierno de Atenas.

¿Llegará el apasionamiento de los hombres hasta negar esa virtud de Pericles? No lo creo. El sol interceptado por algunas nubes, muchas veces, deja de enviarnos sus rayos, pero cuando el cielo se despeja, su luz más radiosa que antes nos ilumina de lleno, enceguéndonos. Del mismo modo, Pericles habrá tenido sus errores, su prestigio algunas veces habrá decaído por causas inherentes á las circunstancias, más la infalibilidad humana es una primera, y debemos reconocer que el conjunto de sus hechos, entretegidos por el estudio de los hombres sensatos significa una corona de gloria inmortal para el gran demócrata, para el eminente orador, para el brazo de

palanca vital que convirtió á Atenas, según la expresión de un ilustre filósofo, en el prítanes de la sabiduría. He dicho.

Julio M. Sosa.

Abril 30 de 1897.

ALEJANDRO

Conferencia leída en la clase de Historia Universal
POR CARLOS LEGOT
(Continuación)

Después de esta hermosa victoria Alejandro avanzó por la costa de Fenicia. Por todas las ciudades que pasaba era aclamado y sus puertas se abrían, pero cuando llegó á la ciudad de Tiro, esta mandó emisarios diciendo que al único que permitía entrar era á Alejandro para que hiciera sus acostumbrados sacrificios á Hércules.

Mas como Alejandro no estaba acostumbrado á imposiciones resolvió atacar la ciudad.

Para poder realizar su deseo, mandó construir un muelle que uniera el islote donde estaba Tiro con el continente. Para llevar á cabo este trabajo, tuvieron que sufrir serios perjuicios, pues los tirios hacían todo lo posible para que no se llevara á cabo la construcción. Alejandro entró en la ciudad después de un *sitio de siete meses* pasando á cuchillo á *8 mil tirios*, no dejando libres nada más que al rey Asemilcos y ciertos personajes; vendiendo *por esclavos á más de 30 mil*.

Alejandro creyó oportuno seguir sus conquistas.

Después del sitio de Tiro, quiso sojuzgar las costas del Egipto y Palestina. Entre las ciudades que tomó se encuentra la de Gasa, después de 4 ó 5 meses de sitio. Sobre este sitio cuenta Curtius la siguiente anécdota:

Alejandro hizo prisionero al gobernador de la ciudad, le ató unas correas á los talones y le arrastró *siete veces* al rededor de las murallas para imitar á Aquiles. Alejan-

dro entró á Egipto y fundó varias ciudades entre las que sobresale Alejandria. Después que Egipto se entregó emprendió el ataque contra Darío, habiendo dejado en Egipto dos sátrapas egipcios para que la administración fuese nacional. No bien había pasado el río Tigris cuando se encuentra con el ejército persa compuesto de un *millon de infantes y cuarenta mil jinetes* situados en la llanura de Gaunela cuyo suelo fué nivelado por mandato de Darío para que entraran en acción 200 carros de guerra que poseía.

(Concluirá.)

TRADUCCIONES DEL LATIN

PRIMER AÑO

HÁBULAS DE PEDRO

(Ordenado y traducido expresamente para los estudiantes de Latín)

(CONCLUSIÓN)

III

EL ASNO Y EL LEÓN CAZANDO *Los fanfarrones son dignos de risa*

Construcción

Jaectans gloriam verbis, expe s virtutis
Fallit ignotos, est desirui notis.
Cum leo vellet venari, comite assello,
Contextit illum frutice, et admonuit simul
Ut terreret, voce insueta, feras,
Pugientes, ipse exciperet. Hic auritulus
Tollit clamorem subituu, totis viribus,
Et turba bestias, novo miraculo;
Quas paventes, dum petunt existus notos,
Adfigantur horrendo impetu leonis.
Qui postquam fessus est caede, evocat asinum
Et jubet premere vocem. Tunc ille insolens:
¿Qualis videtur opera vocis mee, tibi?
Inquit: ¡Insignis, sic ut, nisi nossem animum
Et genus tuum, fugissem simili metu!

Traducción—El que alaba su gloria con palabras, y está exento de valor, deslumbra á los desconocidos, y es la risa de los que lo conocen.

Como un león quisiera cazar, en compañía de un asnillo, cubrió á aquel con ramas, y le advirtió al mismo tiempo, que aterrizará con un rebuzno especial, á las fie-

ras, las que huyendo, el mismo las cogería. Este orejudo, dió un grito súbito, con todas sus fuerzas, y asusta á las bestias con el nuevo milagro; las que espantadas, mientras van á las salidas conocidas, son destrozadas por la horrible violencia del león.

El que después que se cansó de muertes, llama al asno y le manda que detenga la voz (que calle). Entonces aquel soberbic: ¿Que te parece la obra de mi voz?; Dijo: ¡Notable, pues, sino hubiese conocido el ánimo y linaje tuyo, hubiera huido por igual temor!

A. M.

ECOS UNIVERSITARIOS

Los exámenes.—Publicamos á continuación el orden de exámenes que regirá en el próximo periodo, así como la constitución de los tribunales examinadores.

Diciembre 1 Aritmética Zoología y Botánica; 2 Historia Universal 4er año; 3 Dibujo lineal; 4 Filosofía 2º año; 6 Física 4er año; 7 Literatura; 9 Latín y Castellano 4er año; 10 Algebra; 11 Mineralogía; 13 Química; 14 Geografía; 15 Filosofía 4er año Latín 2º año; 16 H. Universal 2º año; 17 Geometría y Trigonometría; 18 Física 2º año; 20 Gramática Castellana; 21 H. Americana y Nacional; 22 Francés; 23 Zoología general; 24 Cosmografía, Gimnástica.

Mesas examinadoras—Aritmética Señores Monteverde (E), Fabini y Pasto-riza.

Algebra, Monteverde (E), Piagio y Pasto-riza.

Geometría y Trigonometría Fabini, Monteverde (E) y Chiappara.

Latín y Castellano Barceló, Benedetti y Destéffanis.

Geografía Benedetti, Gomez Ruano y García Acevedo (I).

Francés 1º año Lamarque, Destéffanis y Grimaud.

id 2º año; Lengoust, Victora y Destéffanis.

id 3er año; Lengoust, Victora y Grimaud.

Física, Maggiolo, Viladecants y Barbraux.

H. Universal 1º; Lapeyre, Destéfanis y Arbelaz.

Id 2º; Destéfanis, Lapeyre y Ramirez, (J. A.)

Americana y Nacional 1º; García Acevedo (D.), Varela (J. P.) y Herrera (L. A.).

Id 2º. año; Varela, García Acevedo y Pratt (Carlos).

Historia Natural 1º; Abreo, Coste y Puig. Zoología general; Coste, Abreo y Puig. Mineralogía y Geología; Gil, García Lagos (H.) y Olea.

Cosmografía; Piaggio, Guani y Perez (M). Filosofía 1er año; Vaz Ferreira, Escalada y Massera.

Id 2.º año; Escalada, Vaz Ferreira y Varela (J. D.)

Literatura; Blixen, Destéfanis y Vaz Ferreira.

Gramática Castellana; Laso, Martínez Vigil (C.) y Salgado.

Dibujo lineal; Hequet, Carbonell y Vila y Nin.

Gimnástica; San Juan, Baeza y Victorini.

Nota—Las mesas examinadoras se instalarán á las 8 a. m.

Queda prohibido á los estudiantes rendir examen de cada una de las asignaturas, ante otras mesas que las designadas al efecto en el cuadro oficial.

La segunda parte de la presente nota no dejará de asombrar á muchos compañeros, y, por otra parte, como su interpretación nos pareció un tanto oscura, tratamos de inquirir su significación exacta, y como ha de interesar á nuestros lectores la consignamos á continuación:

Hasta ahora nos dijo, era muy comun el caso de que un examinando de primer año de asignatura cualquiera, dejase de rendir examen en la fecha indicada para ello, postergándolo para cuando tuvieran lugar los exámenes de segundo año de aquella asignatura. La ordenanza en cuestión se nos dijo—viene á contar ese abuso, y hoy el estudiante no podrá rendir examen de primer año de una asignatura, sino mientras funciona la mesa instalada para el caso. Luego, pues, aunque para las pruebas de segundo año la mesa sea exactamente la

misma no podrá rendirse ante ella examen, de primero por el solo hecho de haberse estos terminado ya.

—
«Vida nueva»—Acusamos recibo del interesante folleto «*Vida nueva*» del cual es autor el joven literato nacional Don José E. Rodó.

Dadas las condiciones notables que adornan la pluma brillante del inteligente crítico y redactor de la «*Revista nacional*,» y que tantas veces han puesto en evidencia sus escritos, se hace inútil toda ponderación al folleto mencionado. El se recomienda por si solo.

Agradecemos á su autor el envío de tan interesante obra.

Examinandos de ingreso—A 300 sin quitar ni agregar uno, alcanza el número de jóvenes inscriptos para rendir examen de ingreso. Por lo que se vé, es todo un batallón, sin jefe ni bandera, sin plana mayor ni banda lisa, el que invade los claustros universitarios.

Atendiendo á la cantidad de examinandos, se ha hecho indispensable instalar cuatro mesas examinadoras para que, funcionando á mismo tiempo, terminen brevemente dichos exámenes, que de otro modo durarían una eternidad.

El número de incriptos no deja de ser en realidad alarmante, y más aún si se recuerda que hace tres ó cuatro años llegaba, como máximum, á cien ó ciento veinte. De entonces aquí el número ha ido *increscendo* anualmente, y si no se procede con mayor rigor que el empleado hasta ahora en esa clase de exámenes, no tardaremos en ver duplicada, y aún triplicada, la inscripción del presente período.

Es esta una cuestión que merece llamar la atención del Consejo Universitario, y de los hombres que se interesan en verdad por nuestra suerte futura, pues el furor de las profesiones liberales que se ha apoderado de nuestra sociedad, está llamado á producir lamentables resultados.

Aviso—Ha aparecido en el cuadro de nuestra sección, un aviso por el cual se advierte á los señores estudiantes de H. Americano 1er año, que el día 17 del corriente, á las 5 de la tarde, tendrá lugar una clase de esa asignatura.